

*"Ahora eres una diosa".*

Me dijo mientras dejaba caer su sangre dorada en mi herida.

En mi mente creí que se sentiría algo especial el convertirme en un ser todopoderoso e inmortal, pero no se siente absolutamente nada. Ella cambió mi nombre y dejé de ser Ur-Nungal de Uruk, la niña tonta sin amor, a ser Manungal la diosa. Me advirtió que mi sangre ahora era peligrosa y que cualquier ser vivo que estuviera contacto con ella tendría mi mismo destino, más los humanos no correrían con la suerte de aceptarla dentro de su cuerpo como si nada.

*"Serían afortunados si tan sólo muriesen"* me dijo.

Mi madre era una diosa, mi padre un semi dios. Siempre fui más diosa que humana y es por eso que no pude morir del todo, pero tampoco era inmortal. Ahora que soy una diosa completa mi sangre también es dorada y mis heridas sanan por sí solas. Estaba lista para retomar la vida que me habían arrebatado, pero la diosa del inframundo no quería dejarme sola. Hizo que un espíritu me acompañe y cuide de mí en todo momento, su nombre es *Gugalanna*. En sus días de gloria, fue un dios con el cuerpo de un toro de gran tamaño, totalmente indomable y capaz de arrasar con miles de hombres. Sin embargo, hubieron dos que pudieron someterlo y asesinarlo. Uno fue mi padre. Ahora sólo es un espíritu capaz de absorber las almas de las personas. No siempre puedo ver a Gugalanna, pero sé que está conmigo porque puedo sentir su energía. Incluso cuándo conocí a Alejandro sentí la energía de ese espíritu cuidándome.

La primera vez que me lastimé frente a Alejandro fue cuando llegamos a la fortaleza de la montaña, intenté escalar por mi cuenta y caí de rodillas al suelo. Estaba realmente confundido al ver el color de mi sangre, pero al sanar mis heridas inmediatamente comprendió que debía ser cosa de dioses. Él no se asusta con nada y eso me hace sentir normal, por así decirlo. Si entro con animales a la casa me pide aprender de ellos, si vuelvo con mi ropa rasgada me ayuda a arreglarla, si tengo una rabieta me da mi espacio. No hay absolutamente nada que pueda perturbarlo. Entonces me doy cuenta de que Alejandro no me da lo que yo quiero, sino lo que necesito. Me entregué a una persona que no seguía mis órdenes pero me hacía seguir las de él, eso me hacía sentir cierta adrenalina y confundirla con amor. Pero Alejandro me hace sentir tan amada, cada instante a su lado es tan cálido y tan especial. Cada vez que tomaba su mano o veía sus ojos sentía cómo cicatrizaban las heridas de mi corazón y volvía a latir de nuevo.

Crecimos... y entonces ya no pudimos ocultar lo que era obvio. Mi corazón es un fuego imparables y lo que sentí alguna vez por alguien más es sólo la sombra de lo que siento ahora. Él es tan cuidadoso, sus dedos siempre entrelazados con los míos, jamás tocando ningún otro lugar, y su mirada siempre clavada en mis ojos como si otras partes de mi cuerpo no existieran. Pero quería ver más de él, sentir más de él y decidí tomarlo por mi cuenta.

Bactria, la capital, la flor inmortal en su oreja, nuestro beso, su cumpleaños... Siento todas esas cosas tan lejanas y tan sólo fue hace unas horas. Después de mi baile recuerdo que la *hetaira* se me acercó, *"estuviste adorable"* me dijo. Adorable... De repente sentí esa energía inmundada, no sentía nada así desde que salí del inframundo. Era un aura pesada como la de

un dios y el olor a muerte no me dejaba respirar. Algo estaba muy mal. Alejandro no lo sentía, era imposible que lo sintiera.

*"Serían afortunados si tan sólo muriesen".*

No podía sacarme esa frase de la cabeza. ¿Qué es peor que la muerte? ¿Cómo podía hacerle eso a Alejandro? Pero si no hacía nada iba a morir ¿Podría hacer algo una vez muerto? No, era muy riesgoso. No podía dejar que me lo sacaran, no podía volver a sentir tanto dolor, me negaba a sentir el dolor de su ausencia.

La "fiesta" de cumpleaños siguió como si nada, ambos cuerpos en el piso y el vino derramado. La *hetaira* que me miraba fijamente, esperando una reacción de mi parte. La gente reía, el regente tomaba vino. Había dos cadáveres en el piso y a nadie le importaba. Me puse de pie abruptamente. ¿Y si no funcionaba? ¿Y si ya jamás volvería a sentir sus dedos entre los míos, sus ojos en mis ojos, sus labios sobre mis labios? ¿A alguien le habrá importado cuando morí o siguieron como si nada como toda esta gente? Dejé que mis ojos desbordaran de lágrimas, miré al regente y él también me miró. Estaba rodeada de traidores.

Me dolió tanto dejar su cuerpo sin vida en el salón, pero no podía llevármelo, no aún. Corrí sin mirar atrás, no podía levantar ninguna sospecha. Me oculté en los jardines del complejo, rezando para que simplemente descartaran los cuerpos sin hacerles más daño. Esperé paciente por horas hasta que, a mitad de la noche helada, pude ver como llevaban los cuerpos fuera del palacio. Los seguí un par de kilómetros hasta llegar a unas tumbas alejadas de la ciudad, esperé tomando distancia para asegurarme de que se fueran y bajé. Era una tumba familiar por lo que tuve que revisar varios sarcófagos hasta dar con el de él.

Aquí estaba. Casi no parecía estar muerto, el color de su rostro aún seguía intacto pero su piel estaba helada. Me senté entre los sarcófagos, cerré los ojos y le pedí a Gugalanna que me ayude, que me diera su fuerza para llevármelo de ese lugar. Sentí un calor en mí pecho y un arranque de energía me levantó de un salto. Ya no tenía miedo, ya nada podría dañarnos. Lo sostuve entre mis brazos y así tal como entré me fui.

Caminé sin parar en dirección al desierto, sintiendo como el calor suave del amanecer le devolvía la movilidad a mis dedos. Un humano normal rara vez sobrevive al desierto, no sería raro morir ahí, si alguien quisiera seguirnos no dudaré en quitarle la vida. ¿Quién se atrevería a buscar un cuerpo en el desierto? Es una total pérdida de tiempo. Mis pies se hundían en la arena, pero tenía que aguantar un poco más, tenía que perderme lo suficiente para que nadie nos encontrara. No mire atrás en ningún momento, la vida que tuvimos en Bactria, aquellos años en la *Roca Sogdiana*, sólo es un recuerdo que jamás volverá. Tengo que empezar de nuevo y no tengo idea de cómo.

Cuando la ciudad ya no podía verse en el horizonte dejé que mis piernas se desplomaran en el suelo, sin dejar de sostenerlo entre mis brazos. Llamé a Gugalanna, le pedí que nos cubriera de la ventisca del desierto y así lo hizo. Se enroscó alrededor nuestro y yo apoyé mi cabeza en su pecho, dejando que su pelaje me abrigue. Me siento tan sola en este momento que rasgue un poco de mi ropa y me corté un dedo para escribir estos pensamientos con mi propia sangre. Tan sólo hablar conmigo misma para no enloquecer.

Alejandro ha cuidado de mí sin esperar nada a cambio, quiero devolverle aunque sea un poco del amor que me dio. Si pudiera hacerle saber lo mucho que lo amo, lo mucho que lamento no haber podido hacer más por él. Pero no quiero pensar en que jamás volverá a despertar, sé que tiene que hacerlo, sé que va a hacerlo. Él prometió que jamás me dejaría sola y yo jamás voy a dejarlo solo. Jamás voy a dejar que nadie vuelva a ponerle una mano encima, desde hoy voy a matar a quien se atreva siquiera a mirarlo. Voy a matar a cualquiera que se atravesase en mi camino.